

El tercer ojo

Jorge R. Sepúlveda



Image not found.

Capítulo 1

Prólogo

Le llamaban “el vago más guapo del edificio”, por llamarle de alguna manera. Definitivamente, no faltaban formas para llamarle ya que su mera presencia incitaba una retahíla de insultos, elogios o piropos que, más que afectarle, propagaban su celebridad por los cuatro rincones del vecindario. Si no fuera por su honorable padre, ya habría desertado la universidad. Si no fuera por su paciente madre, ya habría dejado el nido del hogar. Si no fuera por el hechizo de sus ojos verde oliva, Linda jamás habría puesto sus ojos en tan detestable rufián.

Y, a decir verdad, Linda tampoco era una manzana acaramelada ni la próxima novicia rebelde cantando en los Alpes salmantinos. A diferencia de las demás chicas de su clase, Linda era la portavoz de su generación, la Juana de Arco de las causas feministas, la voz incómoda en un mundo dirigido por machistas insensibles. Pero su ideología, cimentada con la argamasa de sus irreductibles convicciones, parecía desplomarse como un castillo de arena con apenas dirigirle la palabra.

Ella le llamaba Gonzalo, por llamarle de alguna manera cordial, puesto que sus entrañas ardían como carbón encendido cuando se enteraba sobre la última fechoría que le había hecho a una mujer. Gonzalo era la personificación de lo que ella tantas veces había denostado y, a pesar de ello, había algo en él que la hacía titubear cada vez que se encontraba frente a él. Y este día, naturalmente, no fue la excepción.

Eran las 8:47 de la mañana cuando Linda recibió el primer mensaje del día.

“Xikas! Necesito contaros algo. Os veo antes de clase, donde siempre, vale? Besos” escribió Susana para Linda y Teresa.

Linda no se percató del mensaje hasta las 9:15 am, después de haber terminado de ducharse. Cuan fiel seguidora del canon feminista, Linda no consideraba necesario demostrar su feminidad mediante embalajes superfluos como indumentaria reveladora, joyería y maquillaje. La belleza natural es la imagen más nítida de nosotros mismos y no es preciso alterarla para complacer a los demás, mucho menos a los hombres. Así pues, con un par de vaqueros, una camiseta gris y la cara recién lavada, Linda salió de su piso para encontrarse con sus amigas en ‘El Caminito’, la cafetería donde solían reunirse. Apenas había dado un paso afuera, la puerta de enfrente, la del tercero izquierdo, se abrió como si un torbellino

la hubiera echado abajo.

–Sí, ya lo sé. Joder, no tienes que repetírmelo cada día– vociferó Gonzalo, sellando la puerta del apartamento. El estruendo sobresaltó a Linda, quien permaneció estática en el rellano. No era la primera vez que sus aspavientos, diseminados por las raquíticas paredes que compartían sus pisos, la habían dejado paralizada.

–Hola guapa–dijo Gonzalo con una voz de versado fumador, a pesar de que jamás había tocado un cigarrillo.

–Buenas– replicó Linda, su tono suficiente para demostrar su enraizado desprecio y a la vez disimular su inconcebible secreto. Esa sensación en el pecho que cada noche compartía con su almohada, empezó a agudizarse cuando hizo contacto con esos ojos verde oliva.

–Ya sé lo que estás pensando–su voz grave y rasposa retumbaba en el espacio de la escalera.

–¿Qué dices?

–‘Deberías irte de casa’ eso es lo que estás pensando y, seguramente, todo el edificio lo ha pensado en algún momento– dijo Gonzalo con una sonrisa de oreja a oreja.

–Eh...pues...por lo que veo...–balbuceó Linda a falta de argumentos coherentes.

–Mi misión aquí no ha terminado–se cruzó de brazos y prosiguió – No sé por qué tú y la rubia del primero derecho son tan difíciles. Pero no hay nada mejor para ponerme que un reto como este. Te apetece...–

Y así sin más, el candor que hace algunos segundos había sentido en el pecho, se desvaneció y se escapó por su boca.

–Vete a la mierda–dijo Linda, se despegó del piso y de sus ojos verde oliva y se dio la media vuelta, descendiendo apresuradamente la escalera.

Había algo liberador en enfrentarse a uno de esos patanes contra los cuales había declarado una cruzada permanente. Pero era, más que nada, una válvula de escape para sus sentimientos encontrados. No sólo estaba enfadada con él. La incontrolable sensación de caer a un precipicio a causa de un espécimen como Gonzalo era lo que más le hervía la sangre; se detestaba a sí misma por ello.

Si tan sólo Linda supiera que Gonzalo utilizaba la psicología inversa para testar las aguas. Si tan sólo supiera que, debajo de esa aparente fachada

inquebrantable de macho y testosterona, cada sílaba de “vete a la mierda” había dolido más de lo que Gonzalo estaba dispuesto a aceptar.

Capítulo 2

LINDA

El frío se cuela hasta la huesos. El vaho de mi respiración se cristaliza frente a mí. En realidad, no sé si es el aliento que se escapa de mi boca o el vapor que emana de mis emociones en ebullición. Me apresuro, camino más rápido para encontrarme con mis amigas en 'El Caminito' y para dejar más espacio entre mí y ese imbécil. Si es que se le ocurre seguirme. Pero no lo hará. No lo haría por mí.

Mis pensamientos son interrumpidos por el sonido carrasposo de una *Vespa* que, de no haber sido por el contenedor de basura colocado en la esquina de la acera, me habría arrollado sin menor problema. Le grito al conductor, seguramente un hombre, y descargo mi furia contenida. Me doy cuenta de que realmente no tengo nada en contra del cafre de la *Vespa*. No. Mis insultos van dirigidos a aquel que ni siquiera me escucha. A aquel que con su altanería arrolla a muchas y muchos cada día y nadie es capaz de detenerlo.

Continuo andando por la Avenida de los Maristas y el olor del café con leche que se escapa de los bares a lo largo de la calle me abre el apetito. Me saboreo en mi mente un pincho de tortilla y redoblo aún más mis pasos. Pero no soy la única. La acera está repleta de estudiantes del cole cercano, pero sobretodo de la universidad. Las carreras matutinas. Pero ha nevado durante la noche, así que el vaivén de personas se vuelve letárgico. El frío apacigua y todo se mueve en cámara lenta. Parece que yo soy la única que lleva prisa. No encajo en este paisaje lento decembrino. No es el único lugar en donde no encajo.

Al entrar a la cafetería, Jose, el camarero de 'El Caminito', me saluda con su habitual sonrisa.

–Qué tal, Linda? Las chicas ya te esperan.

–Hola, Jose. Pónme un café con leche y un pincho, que me muero de hambre.

Más tardé en decirlo, pues Jose ya tenía mi pedido listo sobre la barra.

–Aquí está.

–Qué servicio! Qué majo! Muchas gracias.

–Para ti, el mejor servicio siempre, Linda.

Intento esquivar las pretensiones de Jose, cojo el desayuno y me voy a la mesa donde Susana y Teresa ya me esperan. Por el tono de sus risas, me imagino que habrán escuchado a Jose.

–¿Qué tal chicas? ¿Cómo estáis?

–De maravilla–contesta Teresa, la de la relación estable por tres años, y contando.

–Me alegra, me alegra. ¿Qué era eso que nos querías contar Susana?¿No

me digas que no vas a poder venir a mi botellón el sábado?

—¡Qué va! Eso no me lo pierdo por nada. No. No es eso.

—¿Entonces...?

—Es acerca...de Gonzalo.

—¿Gonzalo?— decimos al unísono Teresa y yo. El sólo escuchar su nombre hace que casi me atragante con el bocado de pincho.

—Sí...es que me ha invitado a salir...

—No me digas que...

—Sí, le dije que sí.

Quizás es porque el café está hirviendo, pero siento como mi garganta se enardece hasta el punto en que podría escupir fuego. En lugar de eso, escupo lo que pienso.

—¡No puedo creer que hayas sido tan inocente como para caer en sus juegos! Después de todo lo que le hizo a Maite y quién sabe a cuántas otras más. ¿Por qué de todos los tíos de Salamanca te tuviste que enrollar con él?

No sé si esta última frase sonó más como un reproche que una decepción, pero Susana respinga con algo que nunca me hubiera esperado de ella.

—¿Te molesta que le haya dicho que sí, porque tu quisieras salir con él?

La pregunta ofende. La implicación es espantosa. Mi respuesta duele porque mi ego es demasiado orgulloso para aceptarlo. Siento como hay una asincronía entre mis principios y mis deseos. No es la primera vez que pasa. No debo pensar en él, pero al mismo tiempo lo quiero a él. Y esas dudas se disipan, los péndulos se alinean, cuando me dejo llevar por la sombra de sus ojos verde oliva. No debo interponerme entre él y Susana, no debería; pero, a la vez, sí quiero. No sé qué responder...sí sé, pero no lo quiero decir. Digo algo vago, ahora sí en tono de irrefutable decepción.

—Pensé que eras más sensata. Pensé que, después de ver cómo trata a las mujeres, serías más sensata — lo digo, más para mí que para ella.

Capítulo 3

GONZALO

Son las 9:20 de la mañana y la gente ya va poblando la calle Zamora. Los barrenderos hacen lo imposible por coger la suciedad atrapada entre la nieve. Las marujas, equipadas con su carrito de la compra todo terreno, van en busca de los ingredientes para el cocido de la cena. Los hombres de traje, corbata y nariz respingada intercambian comentarios que inician con "crisis" y terminan con "jodidos". Las chicas de Medicina, porque a leguas se les nota su afición galénica, se aglomeran en la puerta del café de la esquina para abrigarse del frío. De una de ellas, la morena con caderas contorneadas, me suena su cara. Esta sería mi oportunidad, descafeínadas y probablemente con resaca. Vulnerables. Irresistibles.

Me resisto y continúo caminando; no porque piense que sea un reto inalcanzable sino porque debo de enfocar mi esfuerzo en llegar a tiempo a mi destino. Hemos quedado a las 9:30 debajo del reloj, como la última vez. Los arcos de la Plaza Mayor se vislumbran a la distancia y el sonido de la algarabía retumba en las paredes de cantera. No llegaré tarde esta vez.

Llego al lugar convenido y me reclino contra el pilar del arco. Me cruzo de brazos y saco el móvil de mi bolsillo para consultar si tengo alguna perdida o algún mensaje. Nada. Empiezo a cargar Twitter para matar el tiempo, cuando siento que el pilar se mueve. Pierdo el equilibrio y mi postura; no porque un gigante invisible esté jugando a construir columnas y arcos, sino porque la idea de que ella está cerca me hace perder mi compostura. El olor de naranjo y vainilla me asalta desprevenidamente.

Lo primero que percibo al salir del piso es su champú con olor a naranja y vainilla. Mi madre, con un resfriado que la aqueja a ella y a todos los cercanos a ella, me grita desde el salón.

—Gonzalo. No olvides ir a por el periódico al quiosco. Dile a Marichuy que no se preocupe, que en unos días yo la iré a ver.

—Sí, ya lo sé. Joder, no tienes que repetírmelo cada día.

Cierro la puerta y la veo allí parada, paralizada. No sé realmente cómo reaccionar y hago lo que siempre hago; adopto el personaje al cual la gente ya está acostumbrada, el gilipollas que siempre consigue imponerse. Funciona de maravilla. Pero, esta vez es diferente. No sé, pero el eco de sus palabras se quedó suspendido por lo que pareció una

eternidad. *Vete a la mierda*. No puedo explicar lo incómodo que fue. No logro comprender qué es lo que me mueve a ser. Sólo tengo su olor a naranjo y a vainilla. Eso tendrá que bastar por ahora.

Miro en todas direcciones en la Plaza Mayor y el olor a naranjo y vainilla empieza a ser cada vez menos perceptible. No la veo. Obviamente hay más gente que utiliza el mismo producto. El móvil vibra en mi mano y distrae mi búsqueda. Es Susana. La fácil. Genial.

"Te veo más tarde, guapo" dice el mensaje.

Obviamente, no respondo inmediatamente. Una de las artimañas más antiguas del juego del cortejo es crear la ilusión de codependencia a través del suspenso. Infalible. Funciona en ambas direcciones. Pero casi siempre esto infla más el ego de las mujeres, aunque sea ilusorio.

–Gonzalo! grita un tío de unos ventitantos años, haciéndome señas para que vaya hacia donde él está.

–¿Manuel? pregunto un poco sospechoso. No tiene facha de profesor de la universidad.

–No, jaja. Soy Marco– dice el chico a través de una dentadura amarillenta. Si fuera una chica, jamás saldría con él. Una buena dentadura es algo que procuro con singular esmero.

–Manuel me ha enviado a por ti. Ahora está en una reunión, pero me ha dicho que podemos encontrarle en la fachada.

–¿En la fachada? ¿Cuál fachada?

–En la fachada de la rana. Allí te va a explicar todo lo que harás para tu proyecto final del Máster. Venga vamos, que ya nos estará esperando.

Minutos después, Marco y yo estamos en la fachada de la biblioteca antigua de la universidad. Todo está armado: los andamios ya están dispuestos, las capas plásticas protectoras están en su lugar. No podría ser peor. Me han asignado el peor proyecto de todos. ¿Qué tanto voy a poder diseñar en una fachada de casi quinientos años? Cuando decidí estudiar arquitectura, es porque quería dedicarme al urbanismo. No a retocar una pared de la cual no puedo modificar el estilo original y está más protegida que el Palacio de la Zarzuela.

–¿Es de coña, a que sí? – pregunto incrédulo.

–No, no es broma – responde Manuel, el profesor de la Facultad que, a mi juicio, está sobrestimado. No tuve otra opción más que

escogerlo a él. El día que asignaron los proyectos, tenía una resaca del demonio y una chica al lado de mí de la cual no tenía la más mínima idea de cómo había llegado a mi cama.

–Manuel, gracias pero prefiero buscar otro proyecto. Creo que esto no va a funcionar.

–Vamos a ver, Gonzalo. Ya te has echado para atrás sin saber siquiera de qué va el proyecto.

–Yo quiero urbanismo, no restauración de patrimonio histórico. Pensé que eso había quedado claro en mi aplicación.

–Me quedó muy claro. Pero también recuerdo que, como segunda opción, escogiste arqueología urbana.

–Es verdad – parece que esta vez yo había subestimado a Manuel.

Manuel me toma del hombro y me invita a observar la fachada.

–Gonzalo, sé que eres un chico astuto y que consigues todo lo que te propones – siento que Manuel se está refiriendo a mis noches de juerga e irresponsabilidad académica; me siento un poco invadido a decir verdad – y es con esa misma actitud que, juntos, podremos descifrar qué es lo que esconde la fachada.

–¿Qué esconde la fachada?

Manuel y Marco intercambian una sonrisa y se vuelven hacia mí.

–Si lo supiera, no habría costado esta excavación.

Mi móvil vibra en mi bolsillo e, instintivamente, lo saco y veo quién es. Es Susana.

"Ya le he dicho a mis amigas que voy a salir contigo. No les ha encantado la idea. No me importa"

Una extraña sensación de triunfo y consternación se apodera de mí. Ya la tengo a mis pies. Será cuestión de tiempo. Una renovada carga de energía me dice que todo irá bien.

–Vale, Manuel. Veamos qué esconde la fachada.

Capítulo 4

LINDA

El resto del día transcurre sin ningún evento memorable. Después del episodio amargo en "El Caminito", las tres nos dirigimos a la Facultad de Derecho y no hemos hablado desde entonces. Siento que Susana me odia; pero cómo puedo reprocharle el salir con Gonzalo cuando yo me odio a mí misma por desearlo. Hay que decirlo como es. Sin rodeos. La envidia me corroe por dentro. ¿Por qué se fijó en ella y no en mí? ¿Por qué me duele la traición de mi mejor amiga? ¿Por qué los hombres hacen esto?

Los pensamientos me abruma la cabeza y me persiguen hasta que llego a mi piso. Antes de entrar, volteo a la puerta del tercero izquierdo y le lanzo una mirada fulminante, como si eso de alguna manera pudiera hacerle recapacitar. Apenas atravieso el marco de la puerta cuando Marie grita desde la cocina:

‘¿Ejés tú, Lindá?’

‘Sí’ respondo mientras me quito la chaqueta y los zapatos en la entrada.

‘Pejfectó. La cená está listá.’

‘Cena? Pero si son las 6 de la tarde. Es muy pronto.’

‘Vale, si no quiejés cenar con nosotrós ahorá, no impojtá.’

Nosotros? Marie nunca cocina para "nosotros", a menos que sea una ocasión especial. ¿Quiénes son "nosotros"? Me acerco a la cocina y me encuentro con una escena inesperada. La rubia del primero derecho, la que Gonzalo había declarado una cruzada

